

Brawl in cell block 99: Brutal rectitud
(S. Craig Zahler, 2017)

Aún sin contar, desde hace ya tiempo, con el prestigio crítico y el apoyo popular, el cine fantástico es fuente constante de propuestas seductoras que debemos revisar. Sitges es cita habitual de filmes de todo tipo, de los cuáles muchos no acaban llegando a ninguna parte. En el año 2015 emergió, con mucho aplauso crítico y popular – galardonado con el premio al mejor director- un poderoso nombre propio que ha venido para quedarse: el guionista y realizador Steven Craig Zahler. Su debut, *Bone Tomahawk*, fue una revelación explosiva e inesperada. Filme divertido aunque melancólico, estimulante mezcla de géneros que aunaba el western con costumbrismo de carretera y ocasionales pero explícitas muestras de violencia extrema.

Protagonizada por unos Richard Jenkins, Patrick Wilson y Kurt Russell estupendos, esperábamos mucho tras esta notable película. Y su nuevo trabajo no ha decepcionado; el drama carcelario de acción *Brawl in Cell Block 99* (Revuelta en en bloque 99). Una película no mejor, igualmente extraña, difícil y más desagradable, pero interesante. Una película que invita a mayores análisis de los que sus formas, argumento y referentes dan a entender.

Ambas son casos de cine que no tiene tanto interés en sus tramas, sino en la forma en las que las desarrolla. Películas grandes por sus guiones, que no brillan por su tema, sino por los viajes y procesos que experimentan sus personajes, presentando antihéroes apasionantes. La película que nos ocupa, y que analizaré en las próximas páginas, no es más que eso: un estudio de personaje. Un viaje individual hacia los infiernos del alma en pos de la

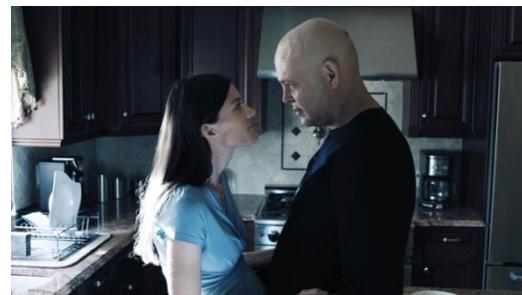
salvación de su familia. Una descripción sucinta y acerada de un seductor Bradley, puesta en escena con mucha cabeza. Y que juega, de nuevo, a un uso poco ortodoxo de los géneros cinematográficos y sus códigos narrativos. En su relato nos adentramos a los abismos más oscuros del alma humana y el comportamiento violento, pero lo logra sin perder el humor ni nuestro afecto hacia un padre que, aunque no lo parezca, nunca prescinde de sus pilares morales. Y pese a las tragedias, la bondad de su núcleo familiar y sus intenciones, así como la cotidianidad de los trabajadores de las cárceles, ayudarán a que el espectador acepte esta realidad sin perturbarse demasiado. Una película que no es para todo el mundo y, al mismo tiempo, tiene algo para todo el mundo. En este filme, menos es más, y el espectador la disfrutará por motivos impredecibles.



Un padre íntegro y despiadado

Bradley es un hombre grande y fuerte, solitario y silencioso. Un protagonista absoluto y núcleo único de una función parca en más elementos. Un antihéroe de perfil atípico, muy distinto a los papeles que acostumbra a encarnar Vince Vaughn. Un Vince Vaughn que, huelga decirlo, está soberbio. Un hombre al que acompañamos en cada paso del camino y que, gradualmente, se va haciendo un hueco en nuestro corazón. Todo ello, paradójicamente, dando rienda suelta en muchos instantes a su fuego interno. Un fuego de salvaje bestia sanguinaria. Una

violencia que le define y que marca su rumbo pese a no ser malvado y a no pretender, en principio, usarla.



Bradley se sabe fuerte y grande, es por ello por lo que es mecánico y, una vez despedido, se hace un hueco en el mundo clandestino del contrabando de drogas. No porque disfrute de estos mundillos oscuros, sino porque es una manera eficaz de rentabilizar económicamente su incontrolable furia. Furia que se pone en escena en los primeros compases del filme, cuando enrabietaido con su mujer la descarga no contra ella, a la que previene para que se aleje, sino a su coche, que rompe en pedazos con sus propias manos. Y cuando se ve envuelto en un encargo que sale mal, sólo recurrirá a ella para lograr la pena de cárcel más pequeña por apoyar a la policía en la refriega. Y aceptará de buen grado estos años de pena aunque se pierda el nacimiento de su hija, pues sabe que es lo mejor, como que tampoco le vean en este estado. El guión se encarga de mostrarnos en todo momento su integridad, a través de sus planeadas acciones y de sus pocos pero sentidos diálogos. Y cuando las presiones externas de los mafiosos le fuercen a modificar su conducta en la cárcel, emprenderá su salvaje comportamiento de manera calculada, sacando a la bestia para evitar el asesinato de las mujeres de su vida. Es Bradley uno de los humanos más despiadados que hemos visto en la gran pantalla, pero también el que tiene una concepción más utilitaria de la

violencia. La enfoca sólo como una herramienta que sabe usar con maestría, a la que sólo recurrirá por el bien de otros. Pocas veces vemos en el cine contemporáneo retratos tan meticulosos de un hombre moralmente íntegro. El único que por aquellos que ama haría, literalmente, cualquier cosa, sin titubear ni amedrentarse. La construcción de personaje de Vaughn, sustentada en su imponente fisicidad, es todo un éxito en este sentido.



Descenso al abismo en etapas

La película de Zahler está estructurada como un viaje, una ruta por etapas. Un paulatino y desgarrador descenso a los infiernos de la crueldad y de la oscuridad del alma humana que Bradley emprende contra su voluntad, pero con férrea determinación. Y es la elección de su realizador y guionista que el relato se estructure como un seguimiento continuo de la rutina de Bradley. Un directo y sórdido acercamiento a realidades perversas que el espectador acepta gracias al ingenio para mostrarlas de forma cotidiana. La dificultad del recorrido se expresa audiovisualmente gracias a un ritmo lento y parco en elementos, tan crudo como eficaz en el plano emocional. Gracias a nuestra capacidad de empatizar con el dolor de Bradley podemos disfrutar con plenitud de la catarsis de su clímax y aceptar de buen grado la paciencia que el desarrollo argumental exige.

Una vez llegue a la primera cárcel, le es dicho a Bradley que debe buscar a un individuo que se halla preso en una cárcel para criminales de máxima peligrosidad. Entrar en ella sólo será posible haciendo méritos. Recreándose en un ritmo calmado, Bradley se pone manos a la obra para conseguir ese grado mayor de reclusión tan pronto como puede. La resolución se lleva a cabo de forma chocante. Elementos de barbarie intercalados en la calma que enrarecen y tensan el resto del proceso. Explosiones iracundas y la extenuante y desoladora ruta de prisiones, ese descenso al estrato más demoníaco de las celdas para asesinos y criminales letales. Si este lento y depresivo viaje hacia las cloacas penitenciarias no fuese todo lo pausado que es, nuestra conexión con el antihéroe no sería la misma, así como nuestro disfrute de los pocos elementos de solaz que ofrece el filme.

La concienzuda manera con la que Zahler hilvana todo es lo que hace que caigamos en el hechizo. La violencia extrema es una herramienta poderosa, pero pierde valor cuando se usa como fin en sí misma. Usada en la película como interludios, que ayuden a Bradley a pasar de la presión de nivel medio a *Redleaf*, adquiere volcánica fuerza expresiva. Filmada, además, en generosas tomas largas de amplio encuadre, que permiten una placentera contemplación de la acción. La película no versa sobre el fin último del guerrero, sino del viaje que experimenta desde su punto de partida hasta un final en el que será imposible cualquier reversión.

Atemperado narrar

Como ya pudieron comprobar aquellos que disfrutaron de *Bone Tomahawk*, el estilo de Zahler puede ser una desagradable sorpresa para aquellos

aficionados al fantástico que acuden a su cine por lo que su temática sugiere.



Si sus argumentos llevan a esperar películas de acción o *gore*, tan sólo lo son de una manera eventual, pero no total. Hay elementos de ambas cosas en las dos películas que ha realizado hasta el momento, pero reducidos a la mínima potencia. Eso no quita que en el momento en que irrumpan en escena sorprendan al espectador. El horror aflora con naturalismo, pero también con teatralizada brutalidad. Exagerada en pos de un seductor efecto sensorial. Una manera de filmar cercana al *Blaixplotation* y cine *underground* que referencia pero, al mismo tiempo estiliza. Pero lo más característica del estilo de Zahler es su humor y sus trémulos *tempos*.

Ambos filmes son historias en las que realmente pasan pocas cosas, y cuya meta, de lacónico cierre en ambos casos, es decepcionante en el plano argumental. Sus personajes emprenden viajes pausados. Son filmes *de durantes*, con sencillos pero divertidos e ingeniosos diálogos. Zahler era guionista antes que realizador, es el guionista de ambas de sus películas, y estos son filmes *de guión*. Películas de personajes, con diálogos descriptivos, que contribuyen a dar un toque de naturalismo, cotidianidad y refrescante gamberismo dialéctico *tarantiniano*. Pero con respecto a la premisa y el fin que se da a entender al espectador es una estrategia narrativa que bien puede

interpretarse como una juguetona tomadura de pelo. Un experimento estilístico que, considerando lo trillada que está la iconografía de los géneros escogidos y lo agotador que se ha vuelto la tendencia *retro-moderna* de homenajear al cine de los años ochenta. El cine fantástico es mucho más rico de lo que sus títulos más populares y de lo que la audiencia ajena presupone de él. Por lo visto en los dos filmes que ha realizado hasta la fecha, el cine de Zahler supera al cine en que se inscribe, combinando de manera inesperada rudos personajes y argumentos brutales. Si no fuese por el trabajo central de una bestia antropomorfa intimidatoria pero entrañable como es Vaughn, en esta ocasión el castillo se vendría abajo.



Conclusión

En suma, un extraño caso de cine de autor en géneros de audiencia radicalmente diferente a la del cine más pretencioso e introspectivo. Un caso muy personal de reflexión cinematográfica, acercándose a iconografías de otras décadas con una sutileza inesperada para este tipo de cine.

No es cine descerebrado, ni de divertimento sanguinario. Tampoco es cine reflexivo de grandes temas o complejas reflexiones. Pero sí una película que, sin ir dirigida a ninguna de las dos audiencias, sí que tiene suficientes elementos para agradar a

ambas y, sobretodo, para fascinar a otras. Un filme cuyas características lo harán críptico para mucha gente pero que, aún sin sobresalir en nada en concreto, provocarán una sonrisa en aquellos que sepan dirigir la mirada.



Una mirada cinematográfica sobre la que, con pequeños pasos, intentamos ofrecer un poco de luz desde *El puente rojo*. Y muchas más ocasiones se nos ofrecerán para ello.

Néstor Juez



Título original: *Brawl in Cell Block 99*

Año: 2017. **Duración:** 132 min.

Dirección: S. Craig Zahler

Guion: S. Craig Zahler

Fotografía: Benji Bakshi

Reparto:

Vince Vaughn, Jennifer Carpenter, Marc Blucas, Don Johnson, Tom Guiry, Udo Kier, Dan Amboyer, Mustafa Shakir, Fred Melamed, Geno Segers, Clark Johnson, Rob Morgan, Pooja Kumar, Philip Ettinger, Michael Medeiros, Jay Hieron, Gabriel Sloyer, Victor Almanzar, Vladimir Troitsky, Larry Mitchell

Productora:

Assemble Media / Cinestate / Caliber Media Company / XYZ Films

<https://www.filmaffinity.com/es/film679358.html>

<http://www.imdb.com/title/tt5657856/>

www.elpuenterojo.es